

UMOI MASI U

Sergio González Amor y estudios técnicos en esa institución no pueden continuar bantes de estudio, en muchas de las empresas se les niega trabajo, 20/10/78



CORRESPONDENCIA



Argentina: que un pueblo alegre y triunfante puede vindicarse de la derrota

Señor director:

En el *Suplemento Verde* del día de la fecha dedicado al Mundial de Fútbol aparece un titular que dice: "Videla ganó la batalla". Más adelante, continuando con esta idea, se sostiene, refiriéndose al resultado del partido Perú-Argentina: "... fue el general Videla y su proyecto el que triunfó coyunturalmente con ese marcador: 6-0.

Siguiendo con este razonamiento en sus más inmediatas consecuencias, el responsable del artículo debería haber dicho que la clasificación del equipo argentino es una derrota política para el pueblo y que todo revolucionario sincero debería desear que el seleccionado futbolístico pierda. Pero pareciera que por un raptó de sentido común no se animó a tanto. De todos modos esta conclusión está implícita, no sólo en la nota a que hago referencia, sino también en muchas otras que en su periódico se ocupan del tema.

Por cierto que lo que me motiva a escribir estas líneas no es el deseo de entrar en polémica con un periodista a quien ni siquiera conozco, sino el de ajustar cuentas con una concepción política que tuvo mucha vigencia en mi país en los últimos años y que aún la tiene en amplios sectores de la intelectualidad de izquierda latinoamericana. Esta concepción se podría sintetizar en la siguiente frase: "cuanto peor... ¡mejor!. Cuando esta frase se convierte en la base de una estrategia política de "izquierda" se cae en el absurdo de desearle al pueblo más sufrimientos que los que ya le toca padecer. Así, se puede llegar a plantear que las mejoras parciales en las condiciones de vida alejan al pueblo de posiciones revolucionarias y que cuanto más represión e injusticias soporta más conciencia revolucionaria adquiere.

Según dice nuestro periodista si se clasifica el equipo argentino gana Videla lo cual, se supone, sería una derrota política del pueblo. De donde se deriva que lo mejor que nos podría ocurrir a los argentinos es que a nuestro seleccionado le pase lo peor. Invirtiendo el razonamiento podemos decir que la derrota del equipo argentino sería un fracaso político de Videla y... ¡un triunfo para el pueblo! Pero ¿cuáles serían las eventuales manifestaciones del deterioro político de la dictadura? ¿Qué modificaciones se producirían en la correlación de fuerzas existentes antes del Mundial de Fútbol? ¿En qué medida las fuerzas populares acumularían poder como resultado de la derrota futbolística? Por supuesto, no espero que nadie gaste su tiempo contestando estas preguntas.

Pero mostrando otra faceta de este pensamiento futbolístico político tan singular podríamos llegar a decir que la derrota de la selección de fútbol de México es un triunfo del pueblo porque con ello se evita la manipulación por parte de Televisa del eventual equipo triunfante. En fin.

Ahora bien, ¿cómo es posible que el pueblo argentino estalle de júbilo en el mismo momento en que Videla nos hace un gol? Aquí cabe una única respuesta. ¡Santo Cielo! ¡Las masas están (estamos) alienadas! Estamos tan enajenados que nos alegramos en el mismo instante en que nos deberíamos entristecer. Pero no hay razón para desesperar. Ya está aquí con nosotros el intelectual revolucionario que por alguna extraña determinación social logró escapar a esa alienación y nos aportará, análisis sociológicos del fútbol mediante, la luz de la desalienación.

Todo esto no pasaría de ser una burla más o menos simpática si los lectores no supieran que con la tesis de cuanto peor... ¡me-

¡or! se escribieron algunas páginas de los últimos años de historia argentina. Así, algunos dirigentes revolucionarios renegaron de la política legal, declararon la guerra y se felicitaron del advenimiento del golpe militar porque con ello se agudizarían las contradicciones y se elevaría el nivel de conciencia de las masas. Muchos de nosotros, con nuestros silencios y dudas nos convertimos en corresponsables de esas posiciones políticas. Bueno, ahora todos sabemos adónde nos condujo ese camino.

No pierdo de vista que con mis razonamientos puedo caer en un error simétrico al que critico. Podría llegar a pensar que un triunfo futbolístico se podría transformar en un éxito político del pueblo y si fuera periodista podría hacer una nota con un titular que dijera: "El pueblo ganó la batalla". Pero no. Nada de eso. Coincido con el autor del artículo en que es cierto que esta fiesta futbolística hace olvidar al pueblo temporalmente sus grandes problemas, como también es cierto que un aumento de salarios hace olvidar o alivia provisoriamente la explotación capitalista y le permite a las clases dominantes ganar tiempo. Por lo menos algunas veces. Sin embargo a nadie se le ocurre la exótica idea de que un incremento de los salarios es una derrota política de la clase obrera.

Un éxito futbolístico no es necesariamente una derrota del pueblo pero tampoco puedo sostener que es un triunfo. ¿Entonces qué? ¿Acaso sugiero que del *Mundial* resultará un empate político entre la dictadura y el pueblo? Triunfo, derrota o empate ello no depende de la cantidad de goles que hagan los futbolistas sino de la correlación de fuerzas existentes en la coyuntura y ello está determinado por la historia que transcurrió mucho antes que comenzaran los partidos. El pueblo argentino ya fue derrotado transitoriamente (sólo los individuos o los partidos son derrotados en forma definitiva pero los pueblos siempre son derrotados transitoriamente) antes de que comenzara el *Mundial* y eso es lo que permite que Videla pueda manipular esta fiesta o cualquier otra en función de sus intereses. Lo mismo se puede decir en relación a una fiesta patria o religiosa. Por cierto, el carácter de esta derrota no se modifica ni con éxitos ni con fracasos futbolísticos.

Vale la pena hacer algunas referencias al carnaval. En algunos círculos intelectuales se descalifican las manifestaciones de júbilo popular como el fútbol o el carnaval apoyándose en el argumento de que con ellas se genera un estado de felicidad ilusoria y pasajera que hace olvidar a la gente los problemas cotidianos que padece. Valoran moralmente estos fenómenos diciendo que son una manifestación del bajo nivel de conciencia y del consumismo mercantilista. Ante estos planteos a un revolucionario honesto sólo le queda adoptar una actitud combatiente contra estas fiestas. Mucho más si adhiere a las tesis de cuanto peor... ¡mejor!

Creo que en las afirmaciones anteriores hay algo de cierto pero en la medida que se repiten dogmáticamente se convierten en un obstáculo que impiden investigar las razones profundas que llevan a los pueblos a necesitar estas fiestas. En ese sentido no se entendería lo que ocurrió en Buenos Aires hace algunos años. El gobierno de turno prohibió algunas celebraciones de carnaval porque por el tipo de disfraces que se iban a utilizar y las canciones que se cantarían, el carnaval se convertía en una manifestación política popular.

En fin. Hasta ahora no hay motivos para pensar que un pueblo adquiere más conciencia revolucionaria en proporción directa a las tristezas y frustraciones que le toque en suerte experimentar. En ese sentido las ejemplificaciones abundan. Por lo contrario; sólo un pueblo alegre, confiado en sí mismo y con ganas de vivir y triunfar puede tener el suficiente optimismo como para superar una derrota y luchar para lograr su liberación.

Guillermo Greco
Tel. 5-75-73-05